

HECTOR A. Murena

Héctor A. Murena se ganó el mote de "parricida" simplemente por haber escrito un libro, *El pecado original de América*. "Americano de primera generación, el estupor inicial de abrir los ojos ante un panorama ajeno a mi sangre no deja de repetirse en mí día tras día. América es una presencia en mí en la medida en que soy americano, pero acaso aún más en la medida en que no lo soy. Esto explica en cierta forma el hecho de que mis primeras obsesiones, mis primeros escritos tratasen sobre América. No sólo representaba ésta la particular situación histórica y geográfica que me había sido dada –junto con muchos otros– para librar esa antigua batalla que se conoce como vida o destino sino que demás me planteaba a mí en particular–aunque también junto con muchos otros– la impostergable necesidad de convertir en un mundo que viviese en mi alma ese mundo que en gran parte se alzaba como un recinto en el que mi alma estaba prisionera." El trabajo se circunscribía a la Argentina y ya prenunciaba a un ensayista rigurosísimo. Aunque el libro se centraba en Arlt, Florencio Sánchez y Martínez Estrada, se proyectó sobre la problemática americana en general. Según Murena los americanos arrastraríamos desde nuestro origen una misteriosa culpa geográfica y cultural ineludible. Culpa por el desarraigo, por la fractura umbilical que implicó nuestro transplante de Europa hasta este continente bárbaro, sin historia, de destino incierto. El precio de este "pecado original" serían los sentimientos de miedo, inseguridad e incomunicación, el temor a la enfermedad y a la muerte, la negación del amor y la sustitución de la cultura por la información superficial. Los americanos oscilan entre dos actitudes: o dan la espalda a la realidad americana y añoran de una manera masoquista y nostálgica la Arcadia perdida (Europa) o aceptan el pecado, asumiendo los riesgos del Nuevo Mundo y negando violentamente la matriz europea. Como se ve, se trata de una nueva versión de la antinomia civilización o barbarie, pero para Murena ésta lleva implícita un nihilismo, una desesperanza mucho más radical que la visión de Sarmiento. Para Murena no hay salida cultural válida para el americano, porque unos rechazan el mundo en que han nacido y otros, hundiéndose en él, lo eluden.

Como narrador publicó varias novelas (*La fatalidad de los cuerpos*, 1955; *Las leyes de la noche*, 1958; *Los herederos de la promesa*, 1965). Sus personajes son seres fantasmales, llenos de conflictos interiores. Ese clima de desolación interior y angustia frente a la realidad hostil que no se puede comprender llegó a su clímax en la trilogía *El sueño de la razón* (*Epitalámica*, 1969; *Polispuercón*, 1970, y *Caína muerte*, 1971) y en la novela *Folisofía*, probablemente su obra maestra. Tanto Goya, como Apuleyo, Quevedo, Jonathan Swift, Hieronymus Bosch y el Marqués de Sade, integran la raza de los artistas que supieron expresar por medio de la monstruosidad caricaturesca su nostalgia de la Ciudad Celestial ausente en este mundo. Murena se suma a ellos, riéndose a carcajadas de la humanidad. Esa reacción contra la mediocridad lo llevó a ser considerado "perverso","maldito" e "impío" por la mirada mojigata y superficial de sus contemporáneos.

"El coronel de caballería" pertenece al libro *El centro del Infierno* (1956). La mayoría de sus cuentos pueden encontrarse traducidos al alemán, al inglés, al italiano y al francés; pero son inconseguibles en castellano.

Héctor A. Murena nació en Buenos Aires en 1923 y murió en la misma ciudad, en 1975.

El coronel de caballería

por Héctor A. Murena

Fuertemente propenso a la reserva desde la juventud, lo he ido siendo cada vez más con los años, a medida que los incidentes comunes de la vida me empujaron hacia esa soledad que representó siempre mi aspiración. Pienso que cada cual debe guardarse para sí tanto sus alegrías como sus penas, si no desea que se transformen en mascaradas y lo conviertan en caricatura de sí mismo, aunque también es posible que la gente prefiera ser una caricatura antes que soportar algo fuerte.

En lo que a mí respecta, sé ahora que incluso cuando elegí –de pantalones cortos– la carrera de soldado me guiaba el presentimiento de que en ninguna parte está el hombre más solo que en el cuartel: somos monjes que, alejados del mundo, no tenemos forzosamente un dios al cual consagrarnos y, aunque andemos mucho juntos, la disciplina resulta acaso más eficaz que la celda para mantener distancias entre uno y los otros.

Quiero decir, con estas palabras, que no soy partidario de las reuniones sociales, en las que inevitablemente se termina –cuando no se empieza– con efusiones dudosas que lo trastornan todo; quiero señalar que la índole del testigo de los hechos que aquí se narran (que el sentido del deber obliga a consignar con toda claridad) no es de aquellas capaces de dejarse influir por el ambiente o las personas que las rodean.

Para proceder con orden, diré que a la reunión del caso no podía faltar, porque se trataba de la familia de un viejo camarada de arma, retirado –igual que yo– hará pronto un cuarto de siglo, siendo mayor de artillería, a quien le debía los únicos momentos de verdadero, fraternal solaz de los últimos años. De modo que por esa noche suspendí mis cotidianas anotaciones sobre Clausewitz, y después de comer me vestí y partí rumbo a la casa, bastante alejada de la mía.

El tiempo era excelente, una de esas verdaderas jornadas de primavera que tanto extraña en Buenos Aires quien ha vivido en provincias, y mientras avanzaba por los arbolados suburbios del norte el aire se henchía de perfumes. Como era de esperar, en el tranquilo barrio residencial, la casa se destacaba por una cierta iluminación, por la cantidad de gente que acudía a ella.

Entré con alguna dificultad, pues esa era la hora que la mayoría había elegido para llegar, y el vestíbulo se hallaba casi atestado. Cumplí con mi obligación, hice el saludo de rigor a la familia y cuando me volví para examinar a los concurrentes descubrí que estaba entre compañeros. Era dejar de hablar con uno para toparme con otro, a tal punto que, debido a los pequeños pasos que se suelen dar en el curso de una conversación y de los desplazamientos obligados para abrir camino a quien lo reclama, al cabo de un rato me encontré en el segundo patio de la vieja y simpática casa. Abundaban los artilleros, pero también había representantes de las demás armas, entre ellos un general de infantería cuyo nombre prefiero omitir, pues la conquista de sus entorchados está públicamente unida a turbios accidentes de la política. Trajeron de beber, pero yo, como hace años que no pruebo el alcohol, pedí que me sirvieran café. Casi todos se inclinaban por el alcohol, sin fijar límites demasiado estrictos a esa inclinación: después de haber padecido con ellos el exilio de las desoladas guarniciones provincianas en las que, tras la formación de la tarde, sólo quedan la bebida, el juego o el matrimonio como únicas escapatorias ante la amenaza de un hastío y una desesperanza mortales, esto me resultaba tan comprensible como las opacas, ramplonas mujercitas que los acompañaban.

Con los que nos habíamos perdido la pista, nos interrogábamos recíprocamente respecto a los destinos posteriores al último encuentro; con los otros recordábamos anécdotas cuarteleras tal vez brutales o tontas para los civiles, incapaces de entender la inocencia y el cariño que, a falta de mejor objeto, vuelcan los militares en ellas. Transcurrido cierto tiempo, una poderosa melancolía –tan evidente como la neblina con que la humedad se manifestaba en el aire– se apoderó de todos. Era que, aunque pocos estaban de uniforme, cada cual conocía, después del intercambio de noticias, el grado y la posición de los demás, y, la mirada clavada en el vacío, un vaso en la mano, consideraban, como criaturas nacidas el mismo día con idénticas dotes, la medida en que la suerte –en comparación con los más afortunados– se había burlado de ellos. Me resultaba tan claro como si lo estuvieran expresando en voz alta: ¿acaso no me lamentaba también yo al imaginar dónde podría encontrarme si los hechos del año treinta no me hubiesen obligado al retiro?

Fue en ese momento cuando advertí su presencia. Era un hombre que pasaba la cincuentena, pero tan esbelto como un joven, cabello gris muy abundante, brazos y cuello tal vez ligeramente cortos, movimientos en extremo desenvueltos: por el aire de bienestar físico que presentaba, y que, sin duda, era la fuente de su expresión jovial, me sentí tentado a incluirlo en la categoría de esos oficiales que, una vez que han aprendido esgrima, no pasan día sin su asalto, a fin de conservar una agilidad por lo general destinada a impresionar al sexo femenino, lo cual les da, por otro lado, una apariencia en cierto modo femenina; no obstante, algo en él, indefinible, me retuvo de hacerlo.

> **“En lo que a mí respecta, sé ahora que incluso cuando elegí –de pantalones cortos– la carrera de soldado me guiaba el presentimiento de que en ninguna parte está el hombre más solo que en el cuartel.**



Lo advertí yo, y también los otros que estaban en aquel patio, porque, de improviso, rompiendo la tenue capa de murmullos que formaban nuestros mustios diálogos, sonaron en un ángulo algunas carcajadas. Nos volvimos para ver a un grupo de hombres y mujeres –que ya se esforzaban por contener la risa–, en medio del cual, con cara de gozo, se hallaba él. Algunos quisieron conocer la causa de aquella hilaridad, y los que acababan de experimentarla no tardaron en comunicársela, tras lo cual la risa, aunque atenuada, se fue irradiando desde aquel centro, a modo de prueba de que el alcohol y la desilusión habían dispuesto a cierto sector de la concurrencia de modo favorable hacia cualquier cosa que la distrajese.

No llegó hasta nosotros la corriente, y en cambio empezamos a preguntarnos quién era. Por mi parte recordé que al principio me había tropezado con él, que me había interrogado respecto a cómo me iba, tuteándome, y que, al responderle yo con una sonrisa y un encogimiento de hombros, sin haberlo identificado, me había dado unos golpecitos de confianza en la espalda. Los demás hicieron memoria, pero no lo situaban, hasta que un coronel de nuestra camada –que cultivaba la disciplina hasta el punto de no haberse atrevido, en el curso de los años, a agenciarse de un poco más de discernimiento que el que tenía en el colegio– afirmó en forma rotunda que en ese momento recordaba que lo había conocido en el regimiento de zapadores de Zárate. Esta declaración hizo que otro opinase que creía haberlo tratado, hacia la misma fecha, en Esquel. Y así resultó evidente que no sabíamos nada a su respecto. Entretanto nuestro personaje había ampliado el círculo de sus espectadores, y yo me acerqué para observarlo mejor. Había inventado ahora un juego o prueba –que él practicaba en forma perfecta y que el resto ensayaba con éxito dudoso– consistente en articular palabras con la boca cerrada, pero de modo que, a través del sonido nasal, resultasen inteligibles. Olvidados de la pesadumbre de unos minutos antes, los que lo rodeaban fueron progresivamente cediendo al impulso de tentar la prueba, y pronto el patio se llenó de ruidos extraños, grotescos y hasta repugnantes. El general era uno de los conquistados, acaso porque sus mugidos le parecían un buen recurso para adelantar en la confianza de la joven mujer de un teniente coronel que lo había encandilado desde el principio. De vez en cuando el maestro, con aire impasible, repetía su lección, y por el tipo de risa de los que estaban más próximos a él, casi afirmaría que eran fundadas mis sospechas de que las frases tenían un sentido obsceno que yo no terminaba de entender.

Algunas personas, desagradadas por lo que estaba ocurriendo, comenzaron a retirarse del patio. Yo iba a apartarme del grupo en que estaba, cuando él se enfrentó conmigo y me dijo:

–Usted no se ríe, ¿verdad?

En su tono, en el pliegue de sus labios burlones, en sus ojos –grises, grandes, inmóviles, de una intensidad perturbadora– había reproche, acaso incluso un matiz de amenaza. Sostuve su mirada durante un instante, y luego, sin responder, me volví, y marché hacia el otro extremo del patio.

No se había agotado aún el efecto de aquella ocurrencia, cuando impuso otra. Lo notable fue que, a pesar de haberme alejado, no pude evitar enterarme, debido a su voz, metálica, penetrante (aún la escucho hoy), que, aunque hablase en tono no alto, se oía desde todos los puntos del patio. La nueva habilidad consistía en mover las orejas, y, según explicó, lo había aprendido en el colegio, en las largas horas pasadas en el aula de disciplina, donde el castigo reside en permanecer sentado, bajo vigilancia, con la prohibición de toda actividad, incluso la lectura. Rodeado por un público expectante, movió las orejas, primero las dos, luego la izquierda, por fin la derecha, lo repitió, atendiendo sin duda a los pedidos con que lo acosaban. Después pasó a observar irónicamente a sus discípulos.

Recuerdo que de entrada se encaró con el general, quien, pese a los esfuerzos y las muecas, no logró más que terminar evidentemente amoscado por la risa que su impotencia suscitó en la mujer del teniente coronel. Pero lo que sobre todo me impresionó (aunque el flujo del alcohol me ayudase en parte a explicarlo) era la fascinación que ejercía, no sólo sobre las mujeres sino también sobre sus respectivos maridos, quienes -con una sonrisa en las caras bobas– toleraban casi complacidos cualquiera de los desdeñosos descomedimientos que él se permitía.

Tanto me incomodaba el espectáculo, que me propuse desentenderme de él, abstrayéndome, refugiándome en mi interior. Por esa causa no me enteré del incidente que se produjo a continuación más que cuando se hallaba bastante avanzado.

Según parece, se había puesto a conversar, en forma amable y provocativa, con un jefe de infantería sobre equitación. Le había dicho que, aunque en los desfiles iban a veces montados, los infantes no tenían idea de esa práctica, pues en la escuela sólo les enseñaban a caerse del caballo, con lo que los asustaban para siempre. Luego lo había conducido al tema de las ayudas que el jinete debe aplicar al animal para que cambie de mano en el galope, y el caso es que, en el ardor de la discusión, ignoro cómo, había conseguido que su interlocutor se pusiese en cuatro patas en el suelo.

Allí estaba cuando yo miré, pero montado sobre la espalda tenía a otro oficial, que cumplía el papel de jinete. El animador (de quien todos decían ahora que era coronel de caballería) hacía que el jinete se inclinara hacia la derecha y presionase con la punta del pie bajo la axila del que estaba echado, para demostrarle prácticamente la forma en que el caballo, al sentir la punta de la bota contra el codillo, se veía obligado a adelantar la pata que recibía tal estímulo. Por último, lo instó a que se echase a andar, con el jinete arriba. Confieso que entonces también yo tuve que sonreírme.

En ese instante, la hija del dueño de casa, una muchacha de más de veinte años, alta y delgada, apareció, por el pasillo, en la entrada del patio. Al verla, todos se quedaron paralizados, y las risas empezaron a borrarse de las bocas. Sin embargo, el que hacía de caballo, como por la posición en que se hallaba no podía enterarse de la presencia de la muchacha, siguió andando, lenta, dificultosamente, con el jinete arriba. Ella, pálida, los ojos hinchados, enrojecidos, contemplaba la escena con fatigado estupor. Era natural: en

El coronel de caballería

por Héctor A. Murena

Fuertemente propenso a la reserva desde la juventud, lo he ido siendo cada vez más con los años, a medida que los incidentes comunes de la vida me empujaron hacia esa soledad que representó siempre mi aspiración. Pienso que cada cual debe guardarse para sí tanto sus alegrías como sus penas, si no desea que se transformen en mascaradas y lo conviertan en caricatura de sí mismo, aunque también es posible que la gente prefiera ser una caricatura antes que soportar algo fuerte.

En lo que a mí respecta, sé ahora que incluso cuando elegí –de pantalones cortos– la carrera de soldado me guiaba el presentimiento de que en ninguna parte está el hombre más solo que en el cuartel: somos monjes que, alejados del mundo, no tenemos forzosamente un dios al cual consagramos y, aunque andemos mucho juntos, la disciplina resulta acaso más eficaz que la celda para mantener distancias entre uno y los otros.

Quiero decir, con estas palabras, que no soy partidario de las reuniones sociales, en las que inevitablemente se termina –cuando no se empieza– con efusiones dudosas que lo trastornan todo; quiero señalar que la índole del testigo de los hechos que aquí se narran (que el sentido del deber obliga a consignar con toda claridad) no es de aquellas capaces de dejarse influir por el ambiente o las personas que las rodean.

Para proceder con orden, diré que a la reunión del caso no podía faltar, porque se trataba de la familia de un viejo camarada de arma, retirado –igual que yo– hará pronto un cuarto de siglo, siendo mayor de artillería, a quien le debía los únicos momentos de verdadero, fraternal solaz de los últimos años. De modo que por esa noche suspendí mis cotidianas anotaciones sobre Clausewitz, y después de comer me vestí y partí rumbo a la casa, bastante alejada de la mía.

El tiempo era excelente, una de esas verdaderas jornadas de primavera que tanto extraña en Buenos Aires quien ha vivido en provincias, y mientras avanzaba por los arbolados suburbios del norte el aire se henchía de perfumes. Como era de esperar, en el tranquilo barrio residencial, la casa se destacaba por una cierta iluminación, por la cantidad de gente que acudía a ella.

Entré con alguna dificultad, pues esa era la hora que la mayoría había elegido para llegar, y el vestíbulo se hallaba casi atestado. Cumplí con mi obligación, hice el saludo de rigor a la familia y cuando me volví para examinar a los concurrentes descubrí que estaba entre compañeros. Era dejar de hablar con uno para toparme con otro, a tal punto que, debido a los pequeños pasos que se suelen dar en el curso de una conversación y de los desplazamientos obligados para abrir camino a quien lo reclama, al cabo de un rato me encontré en el segundo patio de la vieja y simpática casa. Abundaban los artilleros, pero también había representantes de las demás armas, entre ellos un general de infantería cuyo nombre prefiero omitir, pues la conquista de sus entorchados está públicamente unida a turbios accidentes de la política. Trajeron de beber, pero yo, como hace años que no pruebo el alcohol, pedí que me sirvieran café. Casi todos se inclinaban por el alcohol, sin fijar límites demasiado estrictos a esa inclinación: después de haber padecido con ellos el exilio de las desoladas guarniciones provincianas en las que, tras la formación de la tarde, sólo quedan la bebida, el juego o el matrimonio como únicas escapatorias ante la amenaza de un hastío y una desesperanza mortales, esto me resultaba tan comprensible como las opacas, ramplonas mujercitas que los acompañaban.

Con los que nos habíamos perdido la pista, nos interrogábamos recíprocamente respecto a los destinos posteriores al último encuentro; con los otros recordábamos anécdotas cuarteleras tal vez brutales o tontas para los civiles, incapaces de entender la inocencia y el cariño que, a falta de mejor objeto, vuelcan los militares en ellas. Transcurrido cierto tiempo, una poderosa melancolía –tan evidente como la neblina con que la humedad se manifestaba en el aire– se apoderó de todos. Era que, aunque pocos estaban de uniforme, cada cual conocía, después del intercambio de noticias, el grado y la posición de los demás, y, la mirada clavada en el vacío, un vaso en la mano, consideraban, como criaturas nacidas el mismo día con idénticas dotes, la medida en que la suerte –en comparación con los más afortunados– se había burlado de ellos. Me resultaba tan claro como si lo estuvieran expresando en voz alta: ¿acaso no me lamentaba también yo al imaginar dónde podría encontrarme si los hechos del año treinta no me hubiesen obligado al retiro?

Fue en ese momento cuando advertí su presencia. Era un hombre que pasaba la cincuentena, pero tan esbelto como un joven, cabello gris muy abundante, brazos y cuello tal vez ligeramente cortos, movimientos en extremo desenvueltos: por el aire de bienestar físico que presentaba, y que, sin duda, era la fuente de su expresión jovial, me sentí tentado a incluirlo en la categoría de esos oficiales que, una vez que han aprendido esgrima, no pasan día sin su asalto, a fin de conservar una agilidad por lo general destinada a impresionar al sexo femenino, lo cual les da, por otro lado, una apariencia en cierto modo femenina; no obstante, algo en él, indefinible, me retuvo de hacerlo.

> **“En lo que a mí respecta, sé ahora que incluso cuando elegí –de pantalones cortos– la carrera de soldado me guiaba el presentimiento de que en ninguna parte está el hombre más solo que en el cuartel.”**

Lo advertí yo, y también los otros que estaban en aquel patio, porque, de improviso, rompiendo la tenue capa de murmullos que formaban nuestros mustios diálogos, sonaron en un ángulo algunas carcajadas. Nos volvimos para ver a un grupo de hombres y mujeres –que ya se esforzaban por contener la risa–, en medio del cual, con cara de gozo, se hallaba él. Algunos quisieron conocer la causa de aquella hilaridad, y los que acababan de experimentarla no tardaron en comunicársela, tras lo cual la risa, aunque atenuada, se fue irradiando desde aquel centro, a modo de prueba de que el alcohol y la desilusión habían dispuesto a cierto sector de la concurrencia de modo favorable hacia cualquier cosa que la distrajese.

No llegó hasta nosotros la corriente, y en cambio empezamos a preguntarnos quién era. Por mi parte recordé que al principio me había tropezado con él, que me había interrogado respecto a cómo me iba, tuteándome, y que, al responderle yo con una sonrisa y un encogimiento de hombros, sin haberlo identificado, me había dado unos golpecitos de confianza en la espalda. Los demás hicieron memoria, pero no lo situaban, hasta que un coronel de nuestra camada –que cultivaba la disciplina hasta el punto de no haberse atrevido, en el curso de los años, a agenciarse de un poco más de discernimiento que el que tenía en el colegio– afirmó en forma rotunda que en ese momento recordaba que lo había conocido en el regimiento de zapadores de Zárate. Esta declaración hizo que otro opinase que creía haberlo tratado, hacia la misma fecha, en Esquel. Y así resultó evidente que no sabíamos nada a su respecto. Entretanto nuestro personaje había ampliado el círculo de sus espectadores, y yo me acerqué para observarlo mejor. Había inventado ahora un juego o prueba –que él practicaba en forma perfecta y que el resto ensayaba con éxito dudoso– consistente en articular palabras con la boca cerrada, pero de modo que, a través del sonido nasal, resultasen inteligibles. Olvidados de la pesadumbre de unos minutos antes, los que lo rodeaban fueron progresivamente cediendo al impulso de tentar la prueba, y pronto el patio se llenó de ruidos extraños, grotescos y hasta repugnantes. El general era uno de los conquistados, acaso porque sus mugidos le parecían un buen recurso para adelantar en la confianza de la joven mujer de un teniente coronel que lo había encandilado desde el principio. De vez en cuando el maestro, con aire impasible, repetía su lección, y por el tipo de risa de los que estaban más próximos a él, casi afirmaría que eran fundadas mis sospechas de que las frases tenían un sentido obsceno que yo no terminaba de entender.

Algunas personas, desagradadas por lo que estaba ocurriendo, comenzaron a retirarse del patio. Yo iba a apartarme del grupo en que estaba, cuando él se enfrentó conmigo y me dijo:

–Usted no se ríe, ¿verdad?

En su tono, en el pliegue de sus labios burlones, en sus ojos –grises, grandes, inmóviles, de una intensidad perturbadora– había reproche, acaso incluso un matiz de amenaza. Sostuve su mirada durante un instante, y luego, sin responder, me volví, y marché hacia el otro extremo del patio.

No se había agotado aún el efecto de aquella ocurrencia, cuando impuso otra. Lo notable fue que, a pesar de haberme alejado, no pude evitar enterarme, debido a su voz, metálica, penetrante (aún la escucho hoy), que, aunque hablase en tono no alto, se oía desde todos los puntos del patio. La nueva habilidad consistía en mover las orejas, y, según explicó, lo había aprendido en el colegio, en las largas horas pasadas en el aula de disciplina, donde el castigo reside en permanecer sentado, bajo vigilancia, con la prohibición de toda actividad, incluso la lectura. Rodeado por un público expectante, movió las orejas, primero las dos, luego la izquierda, por fin la derecha, lo repitió, atendiendo sin duda a los pedidos con que lo acosaban. Después pasó a observar irónicamente a sus discípulos.

Recuerdo que de entrada se encaró con el general, quien, pese a los esfuerzos y las muecas, no logró más que terminar evidentemente amoscado por la risa que su impotencia suscitó en la mujer del teniente coronel. Pero lo que sobre todo me impresionó (aunque el flujo del alcohol me ayudase en parte a explicarlo) era la fascinación que ejercía, no sólo sobre las mujeres sino también sobre sus respectivos maridos, quienes -con una sonrisa en las caras bobas– toleraban casi complacidos cualquiera de los desdeñosos descomedimientos que él se permitía.

Tanto me incomodaba el espectáculo, que me propuse desentenderme de él, abstrayéndome, refugiándome en mi interior. Por esa causa no me enteré del incidente que se produjo a continuación más que cuando se hallaba bastante avanzado.

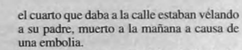
Según parece, se había puesto a conversar, en forma amable y provocativa, con un jefe de infantería sobre equitación. Le había dicho que, aunque en los desfiles iban a veces montados, los infantes no tenían idea de esa práctica, pues en la escuela sólo les enseñaban a caerse del caballo, con lo que los asustaban para siempre. Luego lo había conducido al tema de las ayudas que el jinete debe aplicar al animal para que cambie de mano en el galope, y el caso es que, en el ardor de la discusión, ignoro cómo, había conseguido que su interlocutor se pusiese en cuatro patas en el suelo.

Allí estaba cuando yo miré, pero montado sobre la espalda tenía a otro oficial, que cumplía el papel de jinete. El animador (de quien todos decían ahora que era coronel de caballería) hacía que el jinete se inclinara hacia la derecha y presionase con la punta del pie bajo la axila del que estaba echado, para demostrarle prácticamente la forma en que el caballo, al sentir la punta de la bota contra el codillo, se veía obligado a adelantar la pata que recibía tal estímulo. Por último, lo instó a que se echase a andar, con el jinete arriba. Confieso que entonces también yo tuve que sonreírme.

En ese instante, la hija del dueño de casa, una muchacha de más de veinte años, alta y delgada, apareció, por el pasillo, en la entrada del patio. Al verla, todos se quedaron paralizados, y las risas empezaron a borrarse de las bocas. Sin embargo, el que hacía de caballo, como por la posición en que se hallaba no podía enterarse de la presencia de la muchacha, siguió andando, lenta, dificultosamente, con el jinete arriba. Ella, pálida, los ojos hinchados, enrojecidos, contemplaba la escena con fatigado estupor. Era natural: en el cuarto que daba a la calle estaban vélando a su padre, muerto a la mañana a causa de una embolia.



Noticia biográfica de Guillermo Piro.



Pero el supuesto coronel de caballería, demostró tener nervios de acero, porque no se desconcertó; al contrario, se adelantó hacia ella y le habló, en tono alto la primera frase de retórico reconocimiento, luego en voz tan baja que resultaba imposible oír lo que le decía. Al igual que todos, yo hubiera deseado saberlo, pues vi que la expresión de la muchacha cambiaba, se tornaba menos dura, menos abatida. La sorpresa general aumentó cuando ella miró a su interlocutor a los ojos y le sonrió. Pero, ¿se me creerá si digo que pronto la hizo avanzar por el patio hasta donde se hallaban los demás; que durante el resto de la noche permaneció allí, charlando a la par de los otros, con suma naturalidad; que pareció, a partir de ese momento, que su parentesco con el muerto fuera tan inexistente como el mío?

Sería inútil que siguiera relatando todo lo que aquel hombre urdió para mantener bajo su dominio la atención de los que allí se hallaban. El caso es que lo conseguía. Algunos se retiraban, pero eran sustituidos por otros, que venían del primer patio, y que, aunque empezaban por reaccionar con desagrado, en seguida cedían a su seducción, al ímpetu del espíritu general.

¿Por qué me quedé yo? No sabría explicarlo. Todo aquello me repugnaba, y, sin embargo, sentía una fuerte necesidad de observar los manejos del personaje, me atraía como supongo que a la mayoría de los hombres los atrae el placer de lo ilícito. Así se me pasaron las horas.

Cuando miré el reloj y vi que eran las tres de la madrugada, decidí irme. Saludé, y ya atravesaba el vestíbulo para salir, pero noté que alguien me seguía, sin hacer ruido alguno, y me volví: era él.

En la semioscuridad descubrí que su piel había tomado un color oscuro, terroso, como si estuviera excesivamente fatigado; los ojos le brillaban. Me molestó tener que marcharme en semejante compañía, pero parecía inevitable.

Salimos. La calle se hallaba desierta, envuelta en una bruma ligeramente fría. Sin embargo, él manifestó que sentía calor, y se quitó el saco. Mientras lo hacía llegó hasta mí una vaharada de olor fuerte, ácido, acaso a sudor demasiado concentrado, que atribuí a la actividad que había desplegado esa noche, pero que me forzó a apartarme prudentemente.

A pesar de haberse quitado el saco, algo parecía incomodarlo aún, pues hacía con la cabeza, con el cuello, esos esguinces característicos de las personas muy nerviosas. Casi en seguida se sacó la corbata y se desprendió la camisa. Yo no lo miraba, por delicadeza, pues no juzgaba correcto que anduviera así.

Desde el momento mismo en que habíamos pisado la calle se había dedicado a decirme, con voz chillona y maligna, entrecortada, frases que no recuerdo con exactitud, pero con las que se burlaba en forma apenas encubierta de la tontería de los hombres, en especial de los que habían asistido a aquella casa, frases destinadas a provocarme, a herirme, y a las que yo sólo en una oportunidad respondí. Lo miré para hablarle. ¿Habré visto bien entonces, habré visto de verdad que aquella cara era muy oscura, demasiado oscura ya, que había mucho pelo en ella, que algo en exceso brillante relucía allí donde aparece la sonrisa? ¿No me habré confundido al encontrarlo más bajo, como hinchado? El caso es que no pude seguir mirándolo. Y él continuó con sus frases.

Había conseguido ya sacarme de mis casillas, aunque no lo demostrase, cuando oí que inesperadamente me preguntaba hacia dónde iba yo. Habré tardado unos segundos en calcular cuál podía ser la dirección que más posibilidades me ofrecía para desembarazarme de mi acompañante, y al volverme hacia él para comunicárselo descubrí con estupefacción que estaba solo.

Me detuve. A unos cincuenta metros, alejándose de mí, corría un tranvía, dando tumbos, con las luces encendidas. Era posible, aunque de explicación difícil, que él hubiese conseguido treparse al tranvía, pero mi vista no tiene ahora poder suficiente para que a esa distancia distinguiese si se hallaba en el coche. Por lo demás, el tranvía tenía que haber pasado en algún momento junto a nosotros: ¿cómo era que no lo había notado? Sin embargo, no cabía otra solución, y estos aparentes prodigios –debidos sólo a nuestra confusión– acontecen todos los días. De modo que me marché a mi casa pero no puedo afirmar que mi sueño haya sido tranquilo.

A la mañana siguiente me dirigí al cementerio, para el sepelio, aunque –no obstante lo que ello me molestara– mis sentimientos de pesar por el muerto habían sido borrados por el interés con que aguardaba un nuevo enfrentamiento con el personaje de la víspera.

Lo busqué entre aquellos que esperaban al cortejo en la puerta del cementerio, entre los que bajaron después de los coches que seguían a la carroza fúnebre, entre los retrasados que llegaron sólo a la capilla para el oficio, y también entre los que se hallaban junto a la bóveda de la familia. No estaba, y en verdad no me extrañó no encontrarlo.

Lo que sí me llamó la atención fue la forma en que reaccionaron ante mis preguntas las personas que lo habían visto con tanta claridad como yo la noche anterior. Me miraron, desagradadas o dormidas aún, como si no supiesen de quién les hablaba. Algunos articularon monosílabos, que me resultó imposible entender: parecía que, abochornados por los sucesos a los que el personaje estaba ligado, hubiesen decidido todos olvidarlo, ignorar que hubiera existido. Y no insistí más.

Dos días después tuve que ir a la casa del muerto por asuntos cuyo manejo había dejado a mi cargo. Al entrar sentí un olor punzante, que no me resultaba desconocido. Me recibió la hija, me llevó a una habitación, y estábamos hablando cuando de pronto se pasó la mano por la frente con aire de fatiga, se puso de pie y marchó a abrir la ventana. Mientras hacía esto, me preguntó si no notaba un olor extraño y desagradable. Le confesé que, en efecto, así era y explicó que se debía al exceso de flores que se habían acumulado en la casa, que los tenía a todos completamente mareados y que no conseguían hacerlo desaparecer.

En ese momento identifiqué el olor: no tenía ninguna relación con las flores; era el mismo olor ácido, vagamente fétido, que había sentido cuando aquella noche mi acompañante se había quitado el saco. Pero asentí con un movimiento de cabeza a las palabras de la muchacha, preferí no decir nada.


Noticia biográfica de Guillermo Piro.

el cuarto que daba a la calle estaban velando a su padre, muerto a la mañana a causa de una embolia.

Pero el supuesto coronel de caballería, demostró tener nervios de acero, porque no se desconcertó; al contrario, se adelantó hacia ella y le habló, en tono alto la primera frase de retórico reconocimiento, luego en voz tan baja que resultaba imposible oír lo que le decía. Al igual que todos, yo hubiera deseado saberlo, pues vi que la expresión de la muchacha cambiaba, se tornaba menos dura, menos abatida. La sorpresa general aumentó cuando ella miró a su interlocutor a los ojos y le sonrió. Pero, ¿se me creerá si digo que pronto la hizo avanzar por el patio hasta donde se hallaban los demás; que durante el resto de la noche permaneció allí, charlando a la par de los otros, con suma naturalidad; que pareció, a partir de ese momento, que su parentesco con el muerto fuera tan inexistente como el mío?

Sería inútil que siguiera relatando todo lo que aquel hombre urdió para mantener bajo su dominio la atención de los que allí se hallaban. El caso es que lo conseguía. Algunos se retiraban, pero eran sustituidos por otros, que venían del primer patio, y que, aunque empezaban por reaccionar con desagrado, en seguida cedían a su seducción, al ímpetu del espíritu general.

¿Por qué me quedé yo? No sabría explicarlo. Todo aquello me repugnaba, y, sin embargo, sentía una fuerte necesidad de observar los manejos del personaje, me atraía como supongo que a la mayoría de los hombres los atrae el placer de lo ilícito. Así se me pasaron las horas.

Cuando miré el reloj y vi que eran las tres de la madrugada, decidí irme. Saludé, y ya atravesaba el vestíbulo para salir, pero noté que alguien me seguía, sin hacer ruido alguno, y me volví: era él.

En la semioscuridad descubrí que su piel había tomado un color oscuro, terroso, como si estuviera excesivamente fatigado; los ojos le brillaban. Me molestó tener que marcharme en semejante compañía, pero parecía inevitable.

Salimos. La calle se hallaba desierta, envuelta en una bruma ligeramente fría. Sin embargo, él manifestó que sentía calor, y se quitó el saco. Mientras lo hacía llegó hasta mí una vaharada de olor fuerte, ácido, acaso a sudor demasiado concentrado, que atribuí a la actividad que había desplegado esa noche, pero que me forzó a apartarme prudentemente.

A pesar de haberse quitado el saco, algo parecía incomodarlo aún, pues hacía con la cabeza, con el cuello, esos esguinces característicos de las personas muy nerviosas. Casi en seguida se sacó la corbata y se desprendió la camisa. Yo no lo miraba, por delicadeza, pues no juzgaba correcto que anduviera así.

Desde el momento mismo en que habíamos pisado la calle se había dedicado a decirme, con voz chillona y maligna, entrecortada, frases que no recuerdo con exactitud, pero con las que se burlaba en forma apenas encubierta de la tontería de los hombres, en especial de los que habían asistido a aquella casa, frases destinadas a provocarme, a herirme, y a las que yo sólo en una oportunidad respondí. Lo miré para hablarle. ¿Habré visto bien entonces, habré visto de verdad que aquella cara era muyoscura, demasiado oscura ya, que había mucho pelo en ella, que algo en exceso brillante relucía allí donde aparece la sonrisa? ¿No me habré confundido al encontrarlo más bajo, como hinchado? El caso es que no pude seguir mirándolo. Y él continuó con sus frases.

Había conseguido ya sacarme de mis casillas, aunque no lo demostrase, cuando oí que inesperadamente me preguntaba hacia dónde iba yo. Habré tardado unos segundos en calcular cuál podía ser la dirección que más posibilidades me ofrecía para desembarazarme de mi acompañante, y al volverme hacia él para comunicárselo descubrí con estupefacción que estaba solo.

Me detuve. A unos cincuenta metros, alejándose de mí, corría un tranvía, dando tumbos, con las luces encendidas. Era posible, aunque de explicación difícil, que él hubiese conseguido treparse al tranvía, pero mi vista no tiene ahora poder suficiente para que a esa distancia distinguiese si se hallaba en el coche. Por lo demás, el tranvía tenía que haber pasado en algún momento junto a nosotros: ¿cómo era que no lo había notado? Sin embargo, no cabía otra solución, y estos aparentes prodigios –debidos sólo a nuestra confusión– acontecen todos los días. De modo que me marché a mi casa pero no puedo afirmar que mi sueño haya sido tranquilo.

A la mañana siguiente me dirigí al cementerio, para el sepelio, aunque –no obstante lo que ello me molestara– mis sentimientos de pesar por el muerto habían sido borrados por el interés con que aguardaba un nuevo enfrentamiento con el personaje de la víspera.

Lo busqué entre aquellos que esperaban al cortejo en la puerta del cementerio, entre los que bajaron después de los coches que seguían a la carroza fúnebre, entre los retrasados que llegaron sólo a la capilla para el oficio, y también entre los que se hallaban junto a la bóveda de la familia. No estaba, y en verdad no me extrañó no encontrarlo.

Lo que sí me llamó la atención fue la forma en que reaccionaron ante mis preguntas las personas que lo habían visto con tanta claridad como yo la noche anterior. Me miraron, desagradadas o dormidas aún, como si no supiesen de quién les hablaba. Algunos articularon monosílabos, que me resultó imposible entender: parecía que, abochornados por los sucesos a los que el personaje estaba ligado, hubiesen decidido todos olvidarlo, ignorar que hubiera existido. Y no insistí más.

Dos días después tuve que ir a la casa del muerto por asuntos cuyo manejo había dejado a mi cargo. Al entrar sentí un olor punzante, que no me resultaba desconocido. Me recibió la hija, me llevó a una habitación, y estábamos hablando cuando de pronto se pasó la mano por la frente con aire de fatiga, se puso de pie y marchó a abrir la ventana. Mientras hacía esto, me preguntó si no notaba un olor extraño y desagradable. Le confesé que, en efecto, así era y explicó que se debía al exceso de flores que se habían acumulado en la casa, que los tenía a todos completamente mareados y que no conseguían hacerlo desaparecer.

En ese momento identifiqué el olor: no tenía ninguna relación con las flores; era el mismo olor ácido, vagamente fétido, que había sentido cuando aquella noche mi acompañante se había quitado el saco. Pero asentí con un movimiento de cabeza a las palabras de la muchacha, preferí no decir nada. ■

VILLA VICTORIA

"CASTAGNINO Y MAR DEL PLATA"
Prosigue en el Centro Cultural Victoria Ocampo, Matheu 1851, la muestra en la que se exhiben más de 40 obras de Juan Carlos Castagnino. Esta fue inaugurada el domingo 25 de enero y ha convocado mucho público. Se la puede ver todos los días de 11 a 20 hs.
Pinturas, pasteles, dibujos y fotografías con paisajes inéditos de nuestra ciudad y el mar, que van de 1947 a 1971, de este gran plástico argentino, integran esta muestra "CASTAGNINO Y MAR DEL PLATA", las que serán expuestas hasta el 29 de marzo.

Sábado 28
En el Centro Cultural Gral. Pueyrredón
VARIADOS ESPECTACULOS PARA GRANDES Y CHICOS
Una variada oferta artística que incluye teatro para adultos, espectáculos infantiles, musicales y para compartir en familia, es la propuesta del Centro Cultural Gral. Juan Martín de Pueyrredón para este sábado. Espectáculos estos que han cosechado varias nominaciones para el Premio Estrella de Mar.
◆ En la sala "A", a las 20 horas, Andrea Porcel y Guillermo Yanícola, realizan **La Gracia Musical**, una pieza con historias de payasos y animales, en las que se incluyen canciones, música y mucho humor.
◆ Galardonada con el Premio Estrella de Mar, esta pieza que muestra a una Andrea Porcel multifacética (canta, baila, actúa y ejecuta el oboe, su instrumento) constituye un espectáculo no sólo para los chicos, sino también para los adultos, que se divierten con las ocurrencias de estos dos actores.
◆ En la sala "B", a las 19.30 horas, "La Familia Clown" presenta **Tríptico**, un espectáculo de clown, mimo y pantomima, con Víctor Rodríguez, Miriam Martín y la revelación infantil de la temporada, la pequeña Alina, de 8 años.
◆ En el Teatro del Patio, a las 20.15 horas, la compañía de teatro de mimo, danza y arte circense "Charivari" presenta **Laberintus Circus**, con integrantes de la primera Escuela de Circo Urbano y artistas teatrales de la ciudad. Esta obra, que obtuvo cuatro nominaciones (Espectáculo marplatense, Dirección marplatense, Vestuario y Espectáculo circense), es también una magnífica atracción para adultos y niños.
◆ En materia de Teatro para adultos, Roberto Tripolio y Mario Rodríguez, en la sala "B", a las 21.30 horas, interpretan **El Dúo Sosa-Echagüe**, una crítica social en el marco de 60 años de nuestra historia nacional. Roberto Tripolio, veterano actor y director marplatense, obtuvo la nominación a mejor actor marplatense en el premio Estrella de Mar, por su personaje en esta obra.
◆ Y en la sala "A" a las 22 horas, Gustavo Fraga y Martín Zapata proponen **Anclado en Madrid**, una obra de Roberto Ibáñez que narra la historia de un tanguero que, en la madre patria, vive una serie de vicisitudes.

CON SINGULAR EXITO

EL MATE CUENTA SU HISTORIA
EN EL MUSEO JOSE HERNANDEZ
En el Museo Municipal José Hernández –Km 14,5 de la Ruta 226, a la altura de la entrada de Laguna de los Padres–, se está contando una historia muy particular y de la que todos, sin quererlo, somos asiduos protagonistas. Se trata de la historia del mate, una muestra itinerante del Museo de Motivos Argentinos José Hernández, que se inauguró el 8 de enero. Esta se compone de 51 piezas, entre mates, bombillas, yerberas confeccionados en diversos materiales, como plata, hierro, asta, calabaza y cuero. Para llegar al Museo puede hacerlo en auto, tomando por la Ruta 226, hasta el ingreso a la Laguna de los Padres o en ómnibus, con la línea 717.
Su finalidad es relatar, a través de un guión en primera persona, la historia y aspectos colaterales de esta tradición argentina. Se incluye un muestreo de las distintas etapas de elaboración de la yerba mate. Si bien esta muestra ha recorrido diversos lugares del país desde 1984, el montaje museográfico ha sido renovado totalmente para esta oportunidad.
La exposición se encontrará abierta al público entre el 8 de enero y el 1º de marzo. El horario de visita es de 11 a 18. La entrada es de $ 2 para mayores y $ 1 para menores y jubilados. Los niños menores de seis años no abonan entrada.

EL CORSO DE SIERRA DE LOS PADRES
Organizado por la Delegación Municipal de Sierra de los Padres y La Peregrina y el programa cultural "Hacer lo nuestro", del Centro Cultural Pueyrredón, el Ente Municipal de Cultura y el servicio social rural Municipal "Sierra de los Padres", con el apoyo de la Comisión de Orientación Turística de Sierra de los Padres, se llevará a cabo el viernes 27 de febrero a las 18, en el acceso a Sierra de los Padres, el corso de carnaval del corriente año.

34 AÑOS EN LA RUTA
El intendente Elio Aprile recibió a la contadora Catalina Bund de Ramírez, quien hasta la semana pasada fue la encargada de las finanzas de Vialidad Municipal. Acompañada por familiares y compañeros, Bund señaló que la despedida "fue fabulosa y estuvo muy bien lo de (José María) Conte, que pensé que no venía y estaba escondido. El intendente estuvo bárbaro y es un poeta realmente". El jefe comunal, además de dedicarle unas palabras de agradecimiento a su trayectoria, le entregó una medalla recordatoria y el libro *Mar del Plata*, editado por Manrique Zago.

2.384.129 TURISTAS
Según informa el Departamento de Estadística de la comuna local desde el primer día de febrero hasta el 22 del corriente mes, arribaron a nuestra ciudad **706.982** viajeros. Si se toma en cuenta desde el 1º de diciembre del '97 hasta el día 22, la cantidad de turistas que llegaron a nuestra ciudad suman **2.384.129**, lo que equivale a un **2,87 por ciento** más con respecto de 1997.



BALLET Y DANZAS

25 - 22 hs.
GALAS ESPAÑOLAS '98
Beatriz Fernández.
Centro Cultural "Juan Martín de Pueyrredón", 25 de Mayo y Catamarca. Entrada: $ 6 y $ 3.

Sábados - 22 hs.
GRANDES PEÑAS BAILABLES
Actuación de artistas locales y del país. Danzas tradicionales y de proyección.
Casa del Folklore, San Juan 2543

25 y 26 - 21.30 hs.
BALLET DEL ATLANTICO
Dir. Beatriz Schraiber.
Balletino - Etudes / Danzas Polovtsianas.
Teatro Auditorium - Sala Astor Piazzolla, Edificio Casino Central.
Entrada: $ 10.

CONFERENCIAS

Martes y viernes - 20 hs.
CICLO DE CHARLAS
A realizarse con diferentes y destacadas personalidades de la Ciudad de Mar del Plata, cerrando el ciclo el viernes 27 el Señor Intendente Municipal.
Museo Archivo Histórico Municipal "Roberto Barili", Lamadrid 3870

26 - 21 hs.
VERANO PLANETA
Historias de escritores, ciclo de encuentros con autores.
Museo Archivo Histórico Municipal "Roberto Barili", Lamadrid 3870
Entrada libre y gratuita

Viernes - 23.30 a 1 hs.
LA FORMULA 1
Por Edgardo Berg
Ciclo de charlas y debates.
Rivadavia 2537

CINE

Miércoles y jueves - 24 hs.
CINE ARTE AUDITORIUM
Lección de Tango.
Teatro Auditorium, Sala Astor Piazzolla. Edificio Casino Central.

Jueves - 21.30 hs.
CINE PARA ADULTOS
Sueño de libertad
Centro Cultural "Juan Martín de Pueyrredón", 25 de Mayo y Catamarca
Entrada libre y gratuita

DEPORTES

25
POLO
Torneo Juvenil de Polo Don Juan Pedro CametCopa Mar del Plata Polo Club
Polo Club Mar del Plata. Parque Camet.
Desde las 15 hs.

FUBTOL
Liga M. Fútbol, Av. Colón 3245 - 9.30 a 21 hs.
Club A. Kimberley, Av. Independencia 3030 - 10 a 20.30 hs.
Deportes San Juan, Santiago del Estero y Rivadavia, San Luis y Peatonal San Martín - 10 a 21.30 hs.
Estadio Ciudad de Mar del Plata
Entrada: Populares $ 10 - Plateas desde $ 20

Del 27 al 1º de marzo
POLO
Copa Abierto del Sur
Polo Club Mar del Plata, Parque Camet.
Desde las 15 hs.

EXPOSICIONES

Del 1º al 28
ESENCIAS
Pinturas - Esculturas
Cristina Zelaschi y Norma Duek
Fundación Bolsa de Comercio
Olavarría 2464

Del 1º al 28
EXPOSICION DE OLEOS Y GRABADOS
Expondrá óleos "pequeño formato" y grabados.
Expone Mara A. Silvestri.
Hotel Hermitage, Bv. Marítimo 2657.
Entrada: Libre y gratuita.

Desde el 10
MAR DEL PLATA: VISIONES Y UTOPIAS
Teatro Auditorium, Paseos de la Imagen
Edificio Casino Central

Martes a domingo - 18.30 a 21.30 hs.
PINTURAS NAIF
Norma Trogu
Casa de Madera - Galería de Arte, Rawson 2250

28
EXPOSICION DE PETISOS
Premio Asociación Argentina de Polo
Polo Club Mar del Plata, Parque Camet

FIESTAS

Jueves - 19.30 hs
ACTUACION DE LA GUARDIA DEL MAR
Plazoleta de la Armada.

Del 28 al 1º de marzo - desde las 20.30 hs.
CARNAVAL '98
Corso de la Calle 9 de Julio
Por 9 de Julio desde Av. Jara a San Juan
Organizado por la Asociación Cooperadora, directivos y maestros de la Escuela Nº 62.

INFANTILES

Viernes a martes - 20 hs.
LA FLACA ESCOPETA DISPARA DE NUEVO
Linda Peretz - Fabián Gianola - Marixa Balli. A beneficio de UNICEF.
Teatro Corrientes, Corrientes 1766.

Jueves a lunes - 20.30 hs.
EL CASTILLO KIENDEPENDE
Títeres para chicos y grandes.
Alejandro Lucero y Jorge R. Woollands.

Viernes a domingo - 20.30 hs.
LA CACHAÑA
Música Argentina para chicos y grandes
Divertido viaje por la Argentina, visitando ritmo, baile y canciones.
A beneficio de la Cooperadora del Instituto Unzué.
Hogar Saturnino Enrique Unzué, Jujuy 77.
Función especial día de lluvia 16.30 hs.
Entrada: $ 5.

Del 26 al 28 - 19.30 hs.
VIENTO EN POPA
Grupo Teatrantes.
Mónica Arrech, Alfredo Bruzone, Víctor Iturralde, Gabriel Celaya, Cecilia Martín y Leonardo Rizzi.
Teatro Auditorium, Sala Astor Piazzolla, Edificio Casino Central.
Entrada: $ 4.

Lunes y martes - 19.30 hs.
PATAS CORTAS
Grupo Teatrantes.
Teatro Auditorium, Sala Gregorio Nachman, Edificio Casino Central.
Entrada: $ 4.-

Miércoles y domingos - 20.30 hs.
CHICHITO Y SUS AMIGOS
Comedia infantil realizada por el grupo de Teatro La Butaca, dirigido por la Sra. Betty Pensa.
Museo Archivo Histórico Municipal "Roberto Barili", Lamadrid 3870.

Miércoles - 21.30 hs.
CINE PARA CHICOS
Centro Cultural "Juan Martín de Pueyrredón", 25 de Mayo y Catamarca.

Viernes y sábados - 20 hs.
LA GRACIA MUSICAL
Andrea Porcel y Guillermo Yanícola.
Centro Cultural "Juan Martín de Pueyrredón", 25 de Mayo y Catamarca.
Mal tiempo función 18 hs.
Entrada: $ 4 y $ 2.

Viernes y sábados - 19.30 hs.
TRIPTICO
Espectáculo de mimo y arte circense.
Centro Cultural "Juan Martín de Pueyrredón", 25 de Mayo y Catamarca.
Mal tiempo función a las 18 hs.
Entrada: $ 4 y $ 2.

MUSICA

Martes a domingo
ENTRE TANGO Y TANGO
Jorge Valdés - María Garay - Chiqui Pereira.
Social Rivadavia. Rivadavia 2332.

Lunes y martes 23 hs.
AL SUR DEL CANTO
Espectáculo de canto, danza y poesía. Suma Paz, Alfredo "Indio" Urquiza, Jorge Víctor Andrada y la pareja de Baile Juan Carlos Luna y Analisa Andreoni.
Teatro Auditorium, Sala Gregorio Nachman, Edificio Casino Central.

Miércoles a sábado - 21.30 hs.
40 AÑOS Y UNA NOCHE
Con Estela Raval y Los Cinco Latinos.
Hotel Provincial, Bv. Marítimo 2502.
Entrada: desde $ 20.

28 - 24 hs. Sábado
CRONICAS DE AMOR Y BARRIO
Eduardo Albornoz.
Centro Cultural Cortázar, Mitre 2451.
Entrada: $ 5.

28 - 22 hs.
MUSICOS MARPLATENSES
Alma Das Pampas
Centro Cultural Victoria Ocampo "Villa Victoria", Matheu 1851.
Entrada: $ 5.

Sábado - 22.15 hs.
SIMPLEMENTE... JAZZ
Cacho Giliberto.
Centro Cultural "Juan Martín de Pueyrredón", 25 de Mayo y Catamarca.